


Stefano Mancuso
Carlo Petrini

Galaxia Gutenberg

Slow Food Editore

Stefano Mancuso
Carlo Petrini

# Biodiversos

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Biodiversi*
Traducción del italiano: David Paradela López

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Giunti Editore S.p.A., Florencia-Milán, 2015
www.giunti.it
© Slow Food Editore Srl, Bra (Cn), 2015
www.slowfoodeditore.it
© de la traducción: David Paradela López, 2016
© de las ilustraciones: Shutterstock: © e X p o s e (p. 10), Archivio Giunti (p. 20),
© Adrio (p. 30), por cortesía de Stefano Mancuso (p. 38 y p. 48),
© Pakhnyushchyy - Fotolia (p. 56), © Inga Nielsen (p. 66)
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1, Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 16102-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-17-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos
de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Stefano Mancuso y Carlo Petrini se dan cita en la Universidad de Ciencias Gastronómicas de Pollenzo (Bra); el encuentro da pie a un diálogo animado y a una franca discusión entre dos personalidades brillantes y valientes.

Del fecundo intercambio de ideas entre la gastronomía de la liberación y las ciencias botánicas puede nacer una nueva visión de la Tierra que nos ayude a desprendernos de vetustos paradigmas sobre el mundo y a poner la comida y la agricultura en el centro de un proyecto de defensa de la humanidad.

# 1

# En 2050 la Tierra tendrá nueve mil millones de habitantes...


100MENS
SEIBU
TSUTAYA

Stefano Mancuso: Empecemos con algo sencillo, para ir calentando... Tal como yo lo veo, es uno de los mayores problemas que la humanidad tendrá que resolver en los próximos años. El tema debería ser el eje central de la Expo 2015, siempre y cuando la Expo recuerde que alimentar el planeta significa dar de comer a las personas...

Carlo Petrini: Sin duda.

S.M.: Creo que la perspectiva correcta, al menos a efectos de buscar una solución, debería tener en cuenta que, en un planeta con recursos finitos, cualquier sistema que base su existencia en el crecimiento continuo, hasta el infinito, del consumo está abocado al fracaso. Es una observación trivial y de sentido común, pero es lo primero que me viene a la cabeza. No podemos fundar nuestras expectativas para un futuro mejor ni la organización de nuestra sociedad y nuestra economía sobre la necesidad de un consumo creciente. En un planeta cuyos recursos son limitados, y muchos de los cuales, me atrevería a decir, están prácticamente agotados, seguir consumiendo como si sus capacidades no tuvieran fin es un signo de verdadera inconsciencia.

C.P.: Sí... Creo que nos encontramos en un momento en que el paradigma del consumo, el considerar los recursos como si fueran infinitos y, por tanto, el perseguir una producción de alimentos cada vez más intensiva, no sólo provoca daños en el planeta, sino que no resuelve en absoluto el problema del hambre. Resulta oportuno subrayarlo. Hoy en día, asistimos a un desperdicio de comida de dimensiones nunca vistas en la historia de la humanidad.

S.M.: Me parece que esto es connatural a nuestra forma de organizarnos.

C. P.: Es el paradigma imperante el que lo exige. Existen teorías que, amparándose precisamente en el aumento demográfico, defienden que es necesario resolver el problema produciendo aún más. Sin embargo, si son ciertos los datos que nos indican que en torno al cuarenta por ciento de la producción global se desperdicia, entonces el primer sitio donde hay que podar, y con absoluta urgencia, es aquí: hay que reducir el derroche. Y, por consiguiente, adoptar un nuevo paradigma que ponga en primer lugar la responsabilidad de mantener una relación distinta con la naturaleza y, así, gestionar mejor los recursos: no desperdiciar, producir mejor y de manera más eficaz teniendo en cuenta muchos factores, no sólo el beneficio. Éste es el problema de fondo: que en aras de mejorar la producción, nos hemos olvidado no sólo de la finitud de los recursos, sino también de que tiene que haber una ética con respecto a la creación, como diría mi amigo el papa Francisco. Porque existe una ética, un modo sano de interactuar con la naturaleza que ha quedado totalmente abolido por culpa de este afán productivo sin fin.

En estos momentos nos enfrentamos a una crisis entrópica generada por nuestra manera de producir, una crisis de la cual no saldremos a menos que cambiemos de paradigma. Si éste, apelando al aumento de la población y a sus necesidades, nos impone producir cada vez más en lugar de producir con mayor raciocinio, amando más, casi diría yo, la naturaleza y lo que ésta nos ofrece, no iremos a ningún lado. Por tanto, la respuesta no consiste en perseguir a toda costa el crecimiento, entendido como lo entienden las ciencias económicas. Porque, digámoslo abiertamente, el verdadero problema reside en la condición de pobreza e injusticia de quienes viven sin derecho al pan de todos los días. Éste es el elemento distintivo. No se trata de un problema de cantidad de comida, sino del hecho de que existe una injusticia que se la niega a la mayoría, mientras que quienes disponen de comida en abundancia destruyen una parte enorme de ella.

S. M.: Es verdad. A mí me gusta mucho la idea de una ética que tenga en cuenta nuestra relación con todas las criaturas. Desde mi punto de vista, se trata de una cuestión fundamental que no puede postergarse, y espero con curiosidad la encíclica del papa Francisco.[1] Incluso en los

1. Se refiere a la encíclica *Laudato si'* (Alabado seas), publicada el 24 de mayo de 2015, poco después de aparecer la edición italiana de este libro. La traducción

ambientes científicos, parece a menudo que vivimos en un mundo cuyas relaciones con otros seres vivos todavía se caracterizan por una idea, digamos, primitiva. Un modelo que ve al hombre como amo absoluto de la creación. En cierto sentido, la nuestra es una época de cambio; me recuerda al periodo de la revolución copernicana. Con Copérnico y Galileo descubrimos que la Tierra no era el centro del universo, sino tan sólo el tercer planeta de un pequeño sistema solar situado en una galaxia periférica y algo a trasmano del cosmos. La certeza de que nuestro verdadero lugar en el universo era mucho más marginal de lo que pensábamos no fue fácil de aceptar. Quisiera que una revolución similar fuera hoy capaz de reajustar nuestra comprensión de las relaciones con el resto de los seres vivos. El hombre no tiene que seguir siendo el centro de la vida en torno al cual giran los otros organismos vivos, sino sólo uno de los componentes del sistema.

Precisamente porque no alcanzamos a comprender nuestro papel exacto en el ecosistema, ni siquiera somos capaces de reconocer hasta qué punto nuestra especie se ha convertido en algo nocivo. Nuestra capacidad para provocar daños es hoy muy elevada. Entendámonos: cuando hablo de capacidad para provocar daños no quiero decir que nuestra especie sea ni siquiera remotamente capaz de hacer desaparecer la vida sobre la Tierra. Nada más lejos: ¡somos grandilocuentes incluso a la hora de hacer pronósticos catastrofistas! En cierto sentido, somos unos fanfarrones incurables..., unos simpáticos Quijotes. ¡Destruir la vida! Anda ya, lo máximo que lograremos será destruirnos a nosotros mismos, algo que, por molesto que pueda parecer, si lo analizamos en términos objetivos y en relación con la totalidad de la vida, es del todo insignificante.

Obviamente, también la percepción que tenemos de nuestra importancia como especie es muy confusa. Nos creemos los seres más prósperos del planeta, pero ¿de verdad lo somos? ¿Cuál es el fundamento de tan arrogante convicción? Tratemos de medir este éxito. Echemos mano de las cifras, como buenos científicos, y veremos que esta certeza no tiene ninguna base. El concepto evolutivo clásico de éxito se funda en la capacidad de un organismo para propagarse. Los organismos de mayor éxito se propagarán mejor que los otros, tendrán un número

---

al castellano de la encíclica puede consultarse en la dirección: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html. *(N. del T.)*

más elevado de individuos y, por consiguiente, la difusión de sus genes será más amplia.

Pues bien, a la luz de esta definición, los animales tienen una influencia poco menos que nula sobre el planeta. La práctica totalidad de la biomasa de la Tierra está constituida por plantas. La práctica totalidad en sentido literal. El 99,7 por ciento del peso de todo lo que vive en el planeta está compuesto por plantas. Una enormidad. Si los organismos vegetales desaparecieran, la vida desaparecería con ellos; en cambio, si fuera el ser humano el que desapareciera, la cosa no tendría mayor repercusión.

La ética de la naturaleza: si lográramos relacionarnos con la naturaleza, con la creación, de una manera, por así decir, más benévola en vez de depredadora, todos podríamos salir beneficiados.

Cambiando de tema, y volviendo a la cuestión de la sobreproducción de la que hablabas hace un momento, estoy de acuerdo contigo. El problema no reside en producir más, sino sobre todo en producir mejor. Los sistemas agroindustriales actuales son hijos de los modelos de desarrollo de los que hablábamos antes. Modelos que sólo pueden funcionar en presencia de un crecimiento continuo, de un aumento ininterrumpido del consumo. Por lo tanto..., digamos que todo esto son argumentos..., facetas distintas del mismo problema: la necesidad de reequilibrar nuestra relación con la naturaleza.

C. P.: ¿Sabes por qué me gustó tanto tu libro *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal*? Porque nos abres los ojos a una dimensión que no pone al hombre en el centro de todo, sino que lo sitúa en relación con el resto de las realidades vivas. Lo digo esperando también la nueva encíclica del papa Francisco, que acertadamente has citado y que, en mi opinión, dirá cosas interesantes a este respecto. Interesantes y, a la vez, antiguas, porque esta relación con la naturaleza y con la creación ya la había sintetizado de manera poética y sublime el más grande italiano de todos los tiempos, que fue san Francisco. Esto significa que, con el paso del tiempo, nos hemos desviado un poco del camino de este comportamiento ético con respecto a la naturaleza. Vivimos en un mundo dominado por la preeminencia de la economía, de la ciencia, donde no queda ni rastro de un enfoque holístico extrapolable también a la ética, a la espiritualidad. Lo digo como persona laica –porque no soy creyente–, aunque me doy cuenta de que es una fuerte carencia del momento histórico actual.

Si queremos ir más allá, como gastrónomo creo que la centralidad de nuestro alimento cotidiano no puede seguir viéndose como algo desgajado de esta ética. El respeto por los otros seres vivos, por las plantas, en nuestra relación de comunión con los alimentos que consumimos, gracias a los cuales vivimos, tiene que ser mucho más responsable que el modelo depredador. Pasamos del hombre cazador al hombre agricultor, pero no quisiera que esa transición quedase centrada tan sólo en la necesidad de los alimentos para los humanos, ignorando que, a veces, necesitamos relacionarnos con todas las otras realidades existentes en el gran ecosistema planetario.

S. M.: La necesidad de una visión sistémica a la que has aludido es un punto fundamental y, creo yo, fruto también de los tiempos modernos. Cuando los valores de la modernidad yerran, hay que corregirlos.

La extrema especialización del conocimiento, por citar sólo uno, nos ha llevado a dejar de percibir la unidad de los seres vivos y de sus relaciones. Te pongo un ejemplo. Si hoy en día tuviera que presentarte a alguien que conozca las plantas, difícilmente te señalaría a una persona cuyo oficio consiste en investigar sobre las plantas. Uno de mis colegas, en pocas palabras. Se trata de una paradoja que se resuelve con facilidad si pensamos que quienes estudian el mundo vegetal ya no son el típico señor o señora obsesionados con su constante y apasionada investigación sobre las plantas en su ambiente natural. Qué va, esas personas están en vías de extinción. ¡Quedan tan pocas que deberían estar protegidas por alguna ley especial! La inmensa mayoría de quienes trabajan con organismos vegetales son biólogos moleculares. Son científicos que no estudian las plantas en su integridad, como seres vivos dotados de una vida articulada y compleja, sino que, por el contrario, indagan en aspectos concretos de las relaciones genéticas o de las interacciones moleculares, cosas que podrían estudiarse, y se estudian, en las levaduras, los humanos o las plantas. Se trata de estudios fundamentales y necesarios, pero que difícilmente influyen o arrojan luz nueva sobre la concepción misma que tenemos de los organismos vegetales y del lugar que ocupan en el mundo.

Hoy en día, si queremos comprender de verdad qué hace una planta, qué necesita, cuáles son sus relaciones con las otras plantas o con los animales, lo mejor es que nos dirijamos a alguien que las críe, que las cultive y que conviva con ellas, y no a un biólogo molecular,

que, por definición, no estudia el conjunto, la unidad del organismo y de sus relaciones naturales.

Esta especialización extrema es consecuencia directa de los cánones introducidos por la modernidad. Por un lado, nos ha llevado a descubrimientos científicos de enorme calado que nos han permitido profundizar en nuestros conocimientos como nunca antes había sido posible; pero por el otro, nos ha desviado y alejado del estudio unitario de la vida. Paradójicamente, esto hace que seamos menos capaces que antes de teorizar, una actividad a la que sólo puede dedicarse quien tiene horizontes amplios. Así, la enorme masa de pequeños datos que hoy provienen de la investigación a menudo corre el peligro de quedar inutilizada, puesto que no sabemos enmarcarla en una perspectiva más general. Porque los seres vivos –debería ser superfluo repetirlo otra vez– no son la suma de las reacciones particulares que los componen, sino algo mucho más complejo.

Si extendemos este razonamiento del individuo a todo el ecosistema, nos daremos cuenta de que tenemos la urgente necesidad de reapropiarnos de un método más sistémico para comprender las cosas que estudiamos.

C. P.: El rasgo más evidente de esta deriva es que a quienes sostienen la tesis contraria, como tú y yo, se los ve como bichos raros. Sin embargo, es preciso reforzar esta visión holística en un contexto en el que la preeminencia de la economía es absoluta. Y en el que la ciencia, por su naturaleza, es especializada, cuando menos en su versión actual...

S. M.: Pues sí. Actualmente es así.

C. P.: ... y esto hace, por ejemplo, que todas las ideas de la red de Terra Madre y de Slow Food acerca de la comida, la «gastronomía de la liberación», la necesidad de reconciliar al ser humano con la Tierra, se consideren un punto de vista, por así decir, exótico, como si no fueran científicas, como si no contuvieran una reflexión sobre los aspectos económicos del problema.

En realidad, es una cuestión que me interesa muchísimo. Ver, por ejemplo, cómo esta relación directa, la concepción holística del nexo entre el hombre y la Tierra, se halla en millones de campesinos, criadores y pescadores que con su labor diaria se ponen en peligro, ponen en peligro toda su existencia, su vida, también desde el punto de vista

económico, porque ésa es la vía que conduce a la reconciliación entre los seres humanos y la Tierra, es ahí donde se dirime el desafío del derecho al alimento y la salvaguarda de la biodiversidad, y ellos lo saben. Y al mismo tiempo son los depositarios de un saber empírico que en ocasiones no es perfecto, pero que es el resultado de unos conocimientos transmitidos de generación en generación, de un saber afinado con la práctica continuada, plenamente integrado en el contexto natural. Creo que el enfoque holístico es el único que nos brinda las condiciones para superar esta discusión entre sordos: la ciencia por un lado y el saber tradicional por el otro.

Si todos fuéramos más humildes, remontándonos precisamente a la raíz de «humilde», *humus*, aquel que se halla cercano a la tierra; si todos, todos nosotros, fuéramos más humildes para así... no digo retomar la discusión, sino para volver a escuchar, podríamos efectuar el tránsito que, a mi parecer, puede ser distintivo de esta época: escuchar a la ciencia oficial y escuchar al saber tradicional, y obrar de tal modo que este diálogo nos conduzca a una visión más amplia y menos sectaria. Puede que un enfoque humilde nos permitiera superar una guerra de guerrillas que no tiene fin. Y que además, mediante la síntesis periodística, a menudo crea y difunde tesis enfrentadas que intensifican la impulsividad de la gente. Tal como yo lo veo, esto no beneficia a nadie, y mucho menos en estos momentos.

S. M.: Quisiera añadir una última observación a propósito de este asunto. Antes has dicho que, en la actualidad, parece que quienes promueven una visión de conjunto no sean partidarios de un método de tipo científico. Estoy de acuerdo contigo. Hoy eso es así. Pero evidentemente se trata de una absurdidad que deberíamos sacudirnos de encima lo antes posible. Hoy en día, el conjunto se estudia desde un punto de vista filosófico-humanístico más que científico. Es una deriva del todo errónea. La revolución científica más importante de todos los tiempos en el campo de la biología fue el descubrimiento por parte de Charles Darwin de los mecanismos evolutivos de las especies. Darwin empleaba lo que hoy denominaríamos un enfoque sistémico. Le interesaban todos los fenómenos naturales. Gracias a ese método, Darwin elaboró una teoría que transformó la historia del mundo. La teoría de la evolución es una revolución en toda regla. Marca un punto de inflexión entre el antes y el después, y resulta increíble que todavía hoy el nombre de Charles Darwin sea relativamente poco conocido; sin duda menos

conocido que el de Einstein, a pesar de que, a mi juicio, la importancia de los descubrimientos de Darwin es superior.

Darwin era lo que hoy llamaríamos un «no especialista». Tanto es así que fue duramente criticado por su actitud de *country-house experimenter*, como lo definieron algunos botánicos alemanes. Un diletante que realizaba experimentos «caseros» y que nos ha dejado en herencia la revolución biológica más importante de nuestro tiempo.